

Jueves XII del TO
Ciclo B



27 de junio de 2024

2Re 24,8-17

Sal 78

Mt 7, 21-29

P. Eduardo Suanzes, msps

El dominio de Oriente pasó de Asiria a Babilonia. Nos encontramos con el segundo Imperio babilónico, a caballo entre los siglos VII y VI antes de Cristo, con el rey Nabucodonosor a la cabeza. Mientras que en Grecia estaban filosofando Anaximandro, Anaxímenes, Heráclito, Pitágoras o Tales de Mileto, aquí en Jerusalén se estaba produciendo la desgracia final para el pueblo de Israel: convertirse en el enésimo pueblo perteneciente a la constelación de vasallos de Babilonia y desaparecer del mapa como potencia para siempre jamás. Esta desgracia tuvo dos partes, dos actos. En la Primera Lectura hemos asistido al primero, históricamente documentado en el año 597 a.C.: es la primera ola de deportados. El definitivo vendrá diez años más tarde. A partir de ahora Israel siempre será vasallo de algún imperio. Ahora, para empezar, de Babilonia.

El interés de Dios en la historia de los hombres hace que su revelación se desarrolle y corra como un río de fuego a los largo de la misma; así Nabucodonosor, Ciro, Darío, Artajerjes..., reyes persas, que hemos estudiado a la hora de acercarnos a la Historia Universal, se entremezclan con las historia de Israel, afirmándose el protagonismo de Dios. La historia se podrá medir por reinados humanos, pero el verdadero motor de la misma es Dios, parece que nos quieren decir estos libros históricos del Antiguo Testamento.

En el Evangelio, estamos al final del discurso de la montaña. Y Jesús sentencia: *«el que viene a mí y escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a un hombre que edificó su casa sobre roca»*. Esta parábola de Jesús se podría llamar «la de los dos cimientos». Se trata de un texto que compara, por medio de dos sentencias simétricas, al buen discípulo con un buen constructor y al discípulo pasivo con quien no entiende de construcciones.

En la parábola¹, el constructor prudente es el que no depende de la constancia del buen tiempo. No construye su casa sobre la arena sino sobre un cimiento sólido. Más bien, perfora profundamente hasta encontrar roca sólida sobre la cual echar los cimientos de su casa; es decir, tiene la previsión de edificar sobre cimientos permanentes.

La enseñanza clara de la parábola es que ***el constructor sabio es el que oye las palabras de Jesús y las pone por obra***. Es imprudente y carente de sabiduría aquél que sólo escucha las palabras sin acatarlas. Jesús quería de plano que sus oyentes no fueran sólo oidores sino también hacedores de su enseñanza.

¹ ROBERTO FRICKE S. *Las parábolas de Jesús. Una aplicación para hoy*. Ed. Mundo hispano. El Paso, Tx, 2005

El que esta parábola ocupe la parte final del Sermón del Monte de Mateo tiene una intención clara: el evangelista quería que nosotros, los lectores no sólo pensáramos en las enseñanzas de Jesús, apreciándolas así como hermosas ideas, sino que se convirtiéramos en seguidores de él, haciéndolas vida.

Es importante reparar en algo que nos dice la parábola: que el no edificar sobre roca, y edificar sobre roca es oír y hacer vida, desemboca en la ruina de la persona. La casa (la persona) que no tiene sus cimientos en Jesús, ante cualquier adversidad o torbellino de la vida, se desmoronará porque no encontrará su sentido en ella.

La idea que nos dan las lluvias y luego las crecientes que irrumpen contra la casa es como una gran embestida impetuosa que se estrella estrepitosamente sobre la construcción. Esto nos da la idea de un proceso que va creciendo en la vida del seguidor de Jesús y que irremisiblemente tratará de socavar su vida; me refiero, naturalmente, a su vida interior, a su paz y realización personales; a su firmeza y contundencia en la vida. Es el mundo en el que estamos inmersos que como crecida impetuosa arremete una y otra vez contra nuestra construcción vital.

Pero es también importancia reparar en que el desmoronamiento no sucede como represalia o castigo por parte de Dios hacia aquel que no haya hecho vida su Palabra; la casa se desmorona simplemente porque no tiene fundamento, porque no está edificada sólidamente, con contundencia. La responsabilidad es de quien construye, y construir firme significa en la parábola oír y hacer vida.

Además hay que constatar que solo hay dos tipos de constructores: el prudente y el insensato. Es decir que ***o escuchamos y vivimos según el evangelio o no***; parece que Jesús no da otra opción, porque la hora de la crisis es inevitable: nadie puede eludirla. El insensato es el que sigue su propio camino.

El contraste² está pues entre los fundamentos y la falta de ellos en el cristiano. Como la construcción de una base sólida constituye un duro trabajo (no es lo mismo sobre roca que sobre arena), podemos concluir se insiste, además, en el esfuerzo humano. Nos está diciendo que si es pasiva, la fe cristiana pierde todo su valor. La fe se hace acto, se hace vida, o no es fe. «Oír» y «hacer» constituyen una sola cosa. Se trata de tener con Jesús una relación profunda y fuerte o superficial y débil.

² Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según san Lucas. Lc 1-9. I. Ed. Sígueme. Salamanca, 1995*